El mensaje de la Navidad

Mons. Tihamér Tóth

EL MENSAJE DE LA NAVIDAD

Mons. Tihamér Tóth

ÍNDICE

¡A QUIÉN CANTAN LOS ÁNGELES DE BELÉN! 3

NOCHE SILENCIOSA, NOCHE SANTA 10

MENSAJE DE BELÉN 20

¿CON CRISTO O SIN CRISTO?.....25

LO ESENCIAL DE LA NAVIDAD.....30

I

¡A QUIÉN CANTAN LOS ÁNGELES DE BELÉN!

Por todo el orbe se encienden luces en esta noche silenciosa y estrellada. Noche misteriosa, noche santa, llena de cantos angélicos, de fulgor de estrellas, de risas infantiles, de pastores con pellizas y de alegría encantadora y sagrada.

Caen blancos copos de nieve, la tierra se cubre de un manto blanco. Se acerca la hora de medianoche... En el resto del año ya duermen todos a estas horas; pero en esta noche, que va del 24 al 25 de diciembre, la gente que espera ilusionada la Misa de medianoche.

En esta noche misteriosa queda derrotada para siempre la fuerza de las tinieblas: porque en todas las iglesias, a medianoche, de todos los labios brota este cántico de alegría: «Jesucristo ha nacido, ¡alegrémonos!»

Hace dos milenios que resuena el cántico de los ángeles de Belén. ¿Quién es ese Niño que ha nacido hoy? ¿Por qué no podemos olvidarlo después de dos mil años? ¿Por qué, ciertamente, no lo pueden olvidar los que le aman y los que le odian?

Si El no hubiese sido más que hombre, uno entre millones y millones que han vivido en esta tierra, este hecho asombroso sería siempre un enigma insoluble. A todos olvidamos..., pero a El no.

Tiro una piedra al agua. En el punto donde cae se forman ondas concéntricas, en forma de anillos, que se extienden por la superficie del agua. Si la piedra es pequeña, no produce más que unas pocas ondas; si es grande, el movimiento de círculos concéntricos se extiende más y dura más tiempo. Pero después de un rato —tanto si la piedra es pequeña como si es grande— cesa el movimiento de la superficie, y ésta vuelve a estar quieta y plana.

Cada hombre viene a ser como una de esas piedras arrojadas al agua, al mar inmenso de la historia. En cualquier parte que estemos, sea

cual fuere nuestro oficio, nuestro saber, nuestra fortuna, nuestro modo de vivir, formamos ondas más o menos numerosas en la superficie del agua. Por muy modesto que sea mi empleo, también yo pertenezco al gran conjunto de la humanidad y sin mí la historia no sería lo que es. Como es obvio, la mayor parte de los hombres son piedras insignificantes en la inmensa superficie del agua; apenas si llegan a producir dos o tres anillos.

Hay otros, sin embargo, los llamados «grandes hombres», las grandes figuras de la humanidad, los héroes, gobernantes, descubridores, pensadores, científicos, artistas, que levantaron un oleaje de gran altura y amplitud... Pero tanto si son grandes como si son pequeños, al final, la suerte de todos ellos desemboca en lo mismo: al sumergirse en lo profundo del mar, al bajar al fondo del sepulcro, las olas empiezan a calmarse... Un poco de tiempo más, y ya nadie se acuerda de ellos.

No hay que darle vueltas, ésta es la suerte de todos los hombres... Ésta la del virtuoso y la del malvado. Hubo monarcas poderosos, ante quienes se inclinaban, rindiéndoles pleitesía, los pueblos de medio continente...; ¿quién se acuerda hoy de ellos? Hubo hombres buenos, hombres compasivos, de quienes se decía cuando se les enterraba que nunca serían olvidados, y ¿quién se acuerda hoy de sus nombres?

Hubo tiranos sanguinarios que se hicieron odiosos por los millares de personas que mataron; durante cincuenta o sesenta años los padres hablaban con horror de ellos a sus hijos..., pero ¿después? Como los otros. Se sumergieron bajo el espejo del mar, fueron tragados por la tumba, y los cubrió el olvido.

Pero ¿para qué sacar ejemplos tan antiguos? Tenemos los retratos de nuestros antepasados de la familia, colocados en las paredes o sobre los muebles del hogar. Los hijos los miran con respeto. Después pasan los años, vienen los nietos, llegan los biznietos..., los retratos de los bisabuelos se ponen amarillentos con el pasar del tiempo..., se les arrincona, se les lleva al desván. Sí; todo lo olvidamos, todo lo olvidamos...

Pero hay una sola excepción a esta ley general y humana del olvido: Nuestro Señor Jesucristo. *A Cristo no Le olvidarnos*. Todavía hoy Cristo es amado con un amor tal, y odiado con un odio tal, que no se puede explicar.

De esto nos habla la Navidad. Del nacimiento de Cristo.

¿Y no llama poderosamente la atención el que ni antes ni después de El haya dejado tan profunda huella el nacimiento de ningún niño?

Desde hace dos milenios han nacido millones y millones de niños. Muchos de ellos, hijos de príncipes, de reyes, de emperadores, ¿Quién se acuerda hoy de ellos? Aunque el recién nacido haya sido hijo del monarca más poderoso del mundo, hoy no significa nada para la humanidad, y menos para los hombres que vivirán en los siglos venideros.

Pero seguimos celebrando el nacimiento de Cristo.

Lo celebramos aun después de su muerte. Bien es verdad que celebramos el cumpleaños de nuestros seres queridos, de nuestro familiares..., pero tan sólo mientras viven. ¿Quién celebra el cumpleaños de un muerto?

Pero un día nació un niño..., en un país lejano, en una aldea desconocida, en un establo abandonado; no vivió mucho tiempo en la tierra, no vivió más que treinta y tres años, y no obstante, dejó trazados en la Historia unos surcos tan profundos, que su nacimiento sigue celebrándose año tras año, y lo celebran aún los que no comulgan con la fe cristiana, y lo que es más: lo celebran en un ambiente de fiesta entrañable y acogedor, que irradia paz, felicidad y alegría.

¿Qué niño es ése? ¿Es de nuestro linaje? Ciertamente lo es, de ello no hay duda; pero forzosamente tiene que ser algo más.

Y no sólo festejamos su recuerdo, sino sabemos que Cristo vive aun hoy día entre nosotros. No Le hemos olvidado: aquí mora, en medio de los cristianos, y una gran parte de la humanidad pronuncian a diario su santo nombre al rezar. No hemos olvidado sus palabras; ellas siguen resonando en nuestros oídos como si acabase de pronunciarlas. Yo no sé dónde nació mi abuelo; no sé cuáles fueron las últimas palabras de mi abuela...; no, no lo sé... Y, sin embargo, todo esto acaeció hace cuarenta o sesenta años. En cambio, cualquier niño de la escuela sabe dónde nació Cristo hace veinte siglos, qué hizo a los doce años de edad en el templo de Jerusalén, cuáles fueron sus últimas palabras en la cruz.

Millones de corazones laten con vehemencia al pronunciar su nombre. Millones de almas sienten mitigarse sus penas al levantar sus ojos a la cruz donde murió. Millones de personas hallan en El las fuerzas que necesitan para cumplir calladamente sus deberes de cada día. Siempre hubo, y hay todavía, cristianos dispuestos a sufrir el martirio por amor a El. Siempre hubo, y aun quedan, jóvenes dispuestos a renunciar por El a la más brillante carrera del mundo.

—Oiga, Hermana—dijo un hombre a una religiosa enfermera, al ver la paciencia de ángel con que cuidaba a un enfermo de aspecto repugnante—: yo no sería capaz de cuidar a un enfermo así, por mucho

dinero que me diesen.

—Yo tampoco lo haría, —contestó la religiosa, y después añadió en voz baja—; pero por amor a Jesucristo, sí lo hago.

Pues ahí está lo incomprensible. No podemos explicarnos —en la hipótesis de que Cristo no fuera más que un hombre, un hombre que nació, vivió y murió—, cómo se le puede amar de tal modo después de dos milenios.

Que Cristo sea una realidad viva en el corazón de muchos aun hoy, dos mil años después de su muerte, no puede comprenderlo nadie, sino aceptando que Cristo es Dios y que sigue viviendo entre nosotros, aun después de morir.

Es lo que le impresionaba a NAPOLEÓN, en su destierro de la isla de Santa Elena, y así le decía al general Bertrand: «... Esto es lo que más admiro y lo que me prueba de un modo irrefutable la divinidad de Cristo. Yo también era capaz de enardecer a las tropas, que por mí se lanzaban a la batalla y se exponían a la muerte. Pero para poder hacerlo, tenía que estar presente, necesitaban que les mirase, que les hablase, que les soltase una arenga que les conmoviese el corazón. Lo mismo le pasaba a Julio César, a Alejandro Magno. Pero en el futuro, de nosotros apenas se acordarán, como mucho cuando estudien la Historia Universal. Sin embargo, Jesucristo sigue siendo amado, adorado y predicado en todo el mundo. Esto no lo puede hacer más que Dios.»

Si Cristo no fue más que hombre, no se comprende que se Le ame de esta manera.

Y hay todavía más: ¿cómo es posible odiarle tanto?

Porque Cristo es odiado aun hoy día. Durante estos dos mil años, siempre ha tenido enemigos y los tiene todavía hoy; enemigos que con odio satánico han querido borrar su nombre de la memoria de los hombres, enemigos que trabajan contra El con una astucia y un esfuerzo infernales.

Esto tampoco se comprende si Cristo no fuera más que un hombre.

Se comprendería —bien o mal— que se siguiese odiando durante siglos a algunos de los crueles tiranos que, a lo largo de la historia, han sido una terrible maldición para la humanidad. Pero no; no son los Faraones, que esclavizaron a pueblos enteros para levantar sus pirámides; no son los Nerones, ni Atila, ni los peores déspotas de la historia; no son éstos los odiados..., sino Jesús de Nazaret.

Y esto es lo que no se comprende. Porque Cristo, aunque se le considere como un simple hombre, ha sido una de las figuras más veneradas de la historia. ¿A quién causó daño? ¿Aprendió algo malo de El la humanidad? ¿No escuchamos de sus labios la parábola del buen samaritano? ¿Y es posible que se le odie tanto?

No, Cristo no es un mero hombre. Sino no se podría explicar el odio que se le tiene.

Jesucristo murió hace dos milenios, y sus enemigos Le temen todavía y le persiguen aún hoy a muerte.

Humanamente no tiene explicación. ¿Es comprensible tal odio hacia Cristo? ¿Es comprensible la historia bimilenaria del cristianismo, con sus luchas y sus triunfos, si en el fondo, no hay detrás más que un hombre muerto en una cruz?

«Consummatum est», *«Todo se ha consumado»*. Fueron las últimas palabras que salieron de labios de Jesucristo moribundo. Si El no fuese más que un hombre, estas palabras no denotarían más que la sensación de desengaño y fracaso con que acababa su vida. No significarían que había consumado la gran obra de la redención, sino que «se acabó todo».

«Consummatum est», «Todo se acabó». Se tranquilizó la turba que volvía del Calvario, la que momentos antes se había espantado por el terremoto y el eclipse del sol. ¡No, no hay que tener miedo! Ahora ya está todo acabado.

«Consummatum est». «Por fin, se acabó», exclamó seguramente Pilatos, que no podía estar en paz desde que dictó la sentencia. Así debió también exclamar Herodes, que temía que se desencadenase una revuelta por causa de Cristo.

«Consummatunt est», «Por fin, se acabó», exclamaron con alivio los enemigos de Cristo. «Demasiados problemas nos ha causado. Ya podremos dormir tranquilos.»

«Consummatum est», «¡Todo se acabó!», se dirían apesadumbrados los Apóstoles, después que muriera Cristo.

Pero si Cristo terminó su vida con una ruina tan completa, ¿cómo es posible que después de los innumerables cambios habidos en estos dos milenios —en instituciones, formas de pensar, costumbres, leyes…— no le hayamos podido olvidar...? Aún más: ¿Cómo es que este Cristo ocupa hoy todavía un puesto preeminente en la historia de la humanidad? Un puesto tan preeminente, que todavía se Le ataca con fiera saña, con

un odio inmenso, para acabar de matarle por fin de una vez... ¿Para qué matar al que ya murió? No es de locos querer ejecutar de nuevo a un muerto...

Conocemos el odio ilimitado con que los fariseos Le atacaron hace dos mil años, y he ahí que el mismo odio sigue enardeciendo hoy a muchos contra la cruz de Cristo. Conocemos el amor ardiente, abnegado, que Le profesaron sus seguidores hace dos milenios, y he ahí que el mismo amor sigue ardiendo aun hoy en muchos millones de corazones que se entregan totalmente a Él. ¿Hay un caso semejante a éste en la historia universal, un caso en que el odio y el amor a una persona desafíen durante dos mil años la gran ley del tiempo, del tiempo que despacio lo sepulta todo y todo lo cubre con el olvido?

Es cierto que Cristo murió heroicamente por un gran ideal. Pero ¿no murieron también heroicamente millares de hombres por amor a un gran ideal, y, sin embargo, ya nadie se acuerda de sus nombres, y muchas veces no sabemos siquiera ni el lugar dónde murieron?

Si Cristo no fue más que un mero hombre, también a El le tendría que caber irremisiblemente la misma suerte.

Si Cristo no fue más que un hombre, ¿cómo se explica ese irresistible influjo que ejerce aun hoy, después de dos milenios, en la cultura, en las costumbres, en la vida de muchos pueblos, con ese encanto que ejerce sin cesar, después de haber sido ejecutado como un malhechor? ¡Expliquen este misterio los que tienen a Cristo por mero hombre!

¡Cuántos tiranos famosos han hecho correr la sangre a raudales!...; pero ¿quién se ensaña con ellos hoy día? ¡Cuántos hombres eximios, de corazón bondadoso, hicieron llorar a multitudes cuando se morían!...; pero ¿quién vierte ahora una lágrima por ellos?

Sí; el tiempo abate inexorablemente todo el oleaje que el hombre más eximio haya promovido en el océano de la historia universal; y si Cristo pudo levantar olas que todavía persisten, persistirán, y no se amortiguarán jamás, ¿necesitamos una señal más clara para convencernos de que El fue más que un hombre, que El fue el Hombre-Dios, el Rey inmortal de los siglos?

Y por tal motivo doblan la rodilla en esta noche santa millones y millones de hombres delante de Jesucristo, nacido en un establo de Belén, como lo han hecho desde hace dos milenios los miembros más insignes de la humanidad. Y por esto he de repetir con ellos: Señor mío, creo y confeso que Tú no eres como nosotros, hombres finitos y mortales. Tú eres Dios. Tus doctrinas no fueron igualadas jamás por hombre alguno.

Tu sabiduría no ha podido equipararse con ninguna filosofía. Tu nombre no se ha borrado por el paso de la historia, que todo lo borra. Tu memoria no se ha cubierto por el polvo en los anaqueles de las bibliotecas —como ha ocurrido con los hombres más geniales—, sino que vive pujante en el alma de millones de fieles. Tu imagen no se conserva, como la de los personajes más ilustres, en frías estatuas, sino pervive en millones de corazones que te aman con fervor ardiente. ¡Oh Cristo!, fuiste crucificado, muerto y sepultado, y con todo, sigues viviendo en nosotros. Tú no eres solamente hombre, eres el Hijo del Dios vivo.

II

NOCHE SILENCIOSA, NOCHE SANTA

Noche silenciosa, noche santa..., noche bendita y misteriosa, noche de Navidad.

Hace dos milenios que brilló una estrella sobre las campiñas de Belén, y desde entonces su fulgor inunda de luz cada año la Nochebuena, y se vuelve a oír el mismo cántico que los ángeles entonaron en esa noche santa: *«Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»*.

Es invierno, hace frío, es de noche... en el establo de Belén nace un Niño. Es el Hijo de Dios, que ha bajado a nosotros y se ha revestido de carne mortal, y todo, por nuestro amor…

Noche santa de la Navidad... ¿Sabemos realmente lo que significa? ¿Un árbol iluminado del que cuelgan regalos, pastores vestidos con su pelliza, trineos, paisajes nevados, villancicos...? ¿No es más que esto la Navidad? ¿Una buena cena en que se reúne toda familia, una fiesta entrañable, deseos de paz y felicidad...? ¿No es más que esto la Navidad? ¡Ah! No, no es esto la Navidad... Todo esto no es más que la fachada.

Solamente quien cae en la cuenta de lo que ha significado para el mundo el nacimiento del Niño-Dios en Belén, puede celebrar de veras la fiesta de la Navidad. Procuremos, por tanto, desentrañar el misterio bendito de esta noche sin igual. Tratemos de comprender este triple y trascendental pensamiento:

I. ¿Qué era el mundo antes de la venida de Cristo? II. ¿Qué ha llegado a ser por Cristo? III. ¿Qué sería del mundo sin Cristo?

I

¿QUÉ ERA EL MUNDO ANTES DE LA VENIDA DE CRISTO?

La humanidad peregrinaba por la tierra como el peregrino que ha perdido el camino en una región desconocida.

No se conocía el fin de esta vida, ni su sentido. Una idolatría espantosa, una oscuridad terrible atenazaba a los pueblos. Los que hemos nacido en países cristianos no podemos concebir que antes de la venida de Cristo los hombres se postrasen ante una estatua de bronce o un ídolo de mármol; que pueblos civilizados dieran culto a un animal identificándolo con la divinidad. Los romanos rendían un culto divino a sus emperadores; los egipcios, a los toros y a los gatos; los indios, al fuego y a las vacas.

¡Qué asombroso cúmulo de errores! Era necesario que viniese el mismo Dios, porque la humanidad, abandonada a sus propias fuerzas, erraba el camino y no podía llegar a conocer al Dios verdadero.

La humanidad, en ese estado tan deplorable, sentía que algo le faltaba. Suele atribuirse a Platón la siguiente frase; «No sé de dónde vengo, no sé qué soy, no sé adónde voy; tú, Ser Desconocido, ten piedad de mí.» Esta una frase que refleja el ansía del alma humana. Grandes filósofos y poetas —Aristóteles, Sófocles, Horacio, Virgilio…— han gritado, de una u otra forma, desde fondo de su miseria: ¡Ojalá viniese alguien que nos trajese la salvación! El mundo esperaba como por instinto la venida de Dios.

Una japonesa que se convirtió al catolicismo, daba testimonio de cómo vivía antes de conocer a Cristo: «Tenía por costumbre salir cada noche a mirar el cielo estrellado y a invocar a Alguien que fuese lo bastante grande y bueno para escuchar a una pobre madre que le pedía ayuda. Nada sabia de El, no sabia quién era; pero desde el fondo de mi alma este presentimiento tenía: debe haber Alguien, en alguna parte, capaz de prestarme ayuda.»

Es el clamor trágico del alma humana que no ha conocido a Jesucristo.

ISAÍAS saluda, con visión profética, al Redentor esperado:

«El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande. Los que vivían en tierra de sombras, una luz les brilló…. Porque un niño nos ha na-

cido, un hijo se nos ha dado, el cual lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz. Grande es su señorío y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el trono de David, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia, desde ahora y para siempre» (Is 9, 1.6-7).

II

¿QUÉ HA LLEGADO A SER EL MUNDO POR CRISTO?

No vamos a explicar ahora todo lo que deben a Cristo la ciencia, la cultura, las artes humanas. Necesitaríamos tomos y más tomos, toda una biblioteca, para resumir el influjo que ha tenido en la arquitectura, la música el arte, en la ciencia, en la economía... Bastará con que cite algunos ejemplos: las escuelas que se alzaban a la vera de las iglesias en aquellos siglos en que nadie se preocupaba de la enseñanza y de la cultura; los libros que copiaban los monjes medievales con la labor de toda una vida; la agricultura y las industrias, fomentadas y enseñadas al pueblo por las Ordenes religiosas; las primeras universidades, fundadas por la Iglesia.

Lo que quiero subrayar ahora es la altura moral a que se elevó el hombre gracias a Cristo.

Gracias a Cristo, la vida moral de la humanidad se renovó por completo. Para darnos cuenta, tendríamos que imaginarnos cómo era el mundo antes del nacimiento de Cristo, donde la esclavitud se veía como algo normal, donde apenas había sitio para la compasión y el amor al prójimo...

Es verdad que, aunque el corazón del hombre estuviese herido por el pecado e inclinado al mal, nunca le faltaron rasgos de nobleza y de bondad... Pues bien, la venida Cristo no hizo más que acrecentar lo bueno que había en el hombre. Pero no sólo eso, Cristo sembró en las almas muchas virtudes nuevas que antes ni se valoraban; por ejemplo, el aprecio por la virginidad, como una forma de consagrarse a Dios; la fidelidad conyugal e indisolubilidad del matrimonio —entre los romanos, las mujeres se divorciaban para poderse casar, y se casaban para poderse divorciar—; la dignidad de la mujer, tan menospreciada hasta entonces; la

virtud de la pobreza evangélica; el valor redentor del sufrimiento; la dignidad del trabajo manual..., etc.

Pero sobre todo, lo que nos ha traído Cristo es la ley de la caridad fraterna: «Os doy un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado» (Jn 13, 34). Ley del amor que se extiende a toda la humanidad.

Desde la venida de Cristo han encontrado sólido fundamento los valores en que se asienta la sociedad: la honradez, la moral, la justicia, el cumplimiento del deber… El Estado no ha creado estos valores, no ha hecho más que protegerlos y reconocerlos. De esta forma el cristianismo ha llegado a ser el mayor benefactor de la humanidad.

Cristo introdujo la laicidad, es decir, dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Cristo introdujo el respeto por la libertad de conciencia: «Si quieres ser perfecto...».

Desde la venida de Cristo conocemos lo que vale un alma. El alma de un niño, de un gitano, de un vagabundo, vale más que todo el mundo material. Porque el alma es espiritual y no morirá nunca; porque Cristo ha dado su vida por ella. Desde la venida de Cristo no nos es lícito despreciar y desamparar a los discapacitados, a los tullidos, a los enfermos, a los pobres... No nos es lícito odiar a los demás pueblos y razas. Todos los hombres somos hermanos.

Todo esto significa para el mundo el Nacimiento de Cristo.

La estrella de Belén irradia su luz a toda la humanidad. Cristo ha dado respuesta a las preguntas más inquietantes del alma humana. Toda la grandeza espiritual que hemos visto en estos dos mil años de cristianismo — el amor al prójimo hasta el sacrificio de uno mismo, el sentido de la vida, la esperanza cristiana...— brota de esta única fuente: de que Dios se hizo como nosotros, para que nosotros lleguemos a gozar de la divinidad. Dios se hizo hombre para que el hombre sea hijo de Dios.

III

¿QUÉ SERÍA DEL MUNDO SIN CRISTO?

Pero ¿es posible que haya todavía quien tenga sentimientos de enemistad contra Cristo? Sí. Y, sin embargo, *¿qué sería sin El de la hu-*

manidad?

Transcribo una parábola de profundo sentido, debida a la pluma de Jörgensen. Habla de los árboles rebeldes.

Un esbelto álamo propuso a los árboles del bosque un pensamiento soberbio.

—¡Hermanos! —les dijo—, bien sabéis que toda la tierra nos pertenece, porque de nosotros dependen los hombres y los animales, y sin nosotros no pueden vivir. Somos nosotros los que alimentamos a la vaca, a la oveja, al pájaro, a las abejas...; nosotros somos el punto céntrico; todos viven de nosotros; hasta el mismo suelo va formándose de nuestro ramaje podrido... No hay el mundo sino un solo poder que nos domine: el sol.

Dícese que de él depende nuestra vida. Pero, hermanos, yo estoy convencido de que esto es sencillamente un cuento, con el que se quiere asustarnos. ¿Que no podemos vivir sin la luz del sol? Es una vieja leyenda sin fundamento alguno e indigna por completo de la planta moderna y libre de prejuicios...

El álamo hizo una pausa en su discurso. Algunos robles y olmos, ya vetustos, murmuraron en señal de disentimiento, mas los árboles jóvenes de todas partes inclinaron sus cabezas con muestras de gran aprobación.

Continuó el álamo con voz más alta:

—Sé muy bien que entre las plantas hay un partido de cabezas cerradas, el grupo de los viejos, que cree todavía en esta rancia superstición. Pero yo confío en el sentido de independencia de la generación joven; en ésta tengo puestas mis esperanzas. Es necesario que nosotras, las plantas, lleguemos un día a sacudir el yugo del sol. Entonces surgirá una generación nueva, una generación libre. Adelante, pues, a la guerra de independencia. ¡Tú, viejo reflector de las alturas, llega el fin de tu poderío!...

Las palabras del álamo se perdieron en los gritos sonoros de asentimiento que de todas partes se levantaron; este entusiasmo juvenil, que se abría paso con fuerza cósmica, ahogó las silenciosas manifestaciones de disentimiento que hicieron los árboles viejos.

—Declaramos la huelga contra el sol —continuó de nuevo el álamo—. Durante el día suspenderemos toda función vital, trasladaremos nuestra vida a la oscura noche, llena de misterios. En la noche queremos crecer, en la noche queremos florecer, en la noche queremos exhalar

nuestros perfumes y dar nuestros frutos. ¡Para nada necesitamos del sol! ¡Seremos libres!

Se clausuró la asamblea.

Al día siguiente, los hombres notaron cosas raras. El sol brillaba espléndidamente, sus ardorosos rayos se difundían vivificadores desde el cielo; pero las flores, con los cálices obstinadamente cerrados, inclinaban su cabeza hacia el suelo; los árboles dirigían sus hojas hacia la tierra; todos, todos volvían la espalda al sol. En cambio, al anochecer, los pétalos cerrados se entreabrieron, y las corolas pintadas de todos los colores irguieron su cuello hacia los pálidos rayos de la luna y la luz débil de las estrellas.

Y así sucedió durante varios días.

Pero en breve pudieron notarse cambios extraños en toda la vegetación. El trigo estaba tumbado por el suelo, porque había crecido con dirección al sol, y ya no había sol hacia el cual pudiera levantarse. Las flores empezaban a perder su color, sus pétalos se secaban, las hojas adquirieron tintes amarillentos. Todo se inclinaba marchito hacia la tierra, como en pleno otoño.

Entonces las plantas empezaron a refunfuñar, criticando al álamo. Pero el cabecilla de la rebelión, aunque estaba también él con las hojas secas, de color amarillo como el del canario, siguió instigándolas.

—¡Qué tontos sois, hermanos! ¿No veis, acaso, cuánto más hermosos, más bizarros, más libres, más independientes sois ahora que cuando gemíais bajo el dominio del sol? ¿Que estáis enfermos? ¡Qué va!, ¡no es verdad! Os habéis vuelto más finos, más nobles. ¡Habéis adquirido personalidad!...

Algunas de las desgraciadas plantas seguían creyendo al álamo, y con labios cada vez más amarillentos, cada vez más marchitos, seguían murmurando una noche y otra noche: «¡Nos hemos vuelto más finos..., nos hemos vuelto más nobles..., hemos adquirido personalidad!» Mas la mayoría se declaró contra la huelga, y se volvió al sol vivificador.

Al llegar la nueva primavera, el álamo, seco, erguía corno triste espantajo sus ramas descarnadas en medio del bosque, que rebosaba en pujante fuerza de vida y trinos de pájaros; sus enseñanzas necias yacían ya en el olvido; en torno suyo las flores convertidas dirigían el perfume de su agradecimiento al sol antiguo, pero vivificador, y se inclinaban con homenaje ante el astro rey copudas y verdes coronas de árboles...

Hermanos: La parábola de los árboles que se rebelaron contra el

Sol no es mera parábola —por desgracia—; mas el hombre que se rebela contra Cristo no ha aprendido todavía la moraleja.

¿Queréis saber lo que le ocurre al mundo que vive de espaldas a Cristo? Mirad la espantosa degradación moral de la que es capaz la sociedad moderna. ¿Queréis saber qué le pasa al hombre sin Cristo? No tenéis más que leer los periódicos: divorcios, abortos, prostitución, delincuencia, asesinatos, secuestros, suicidios, injusticias, borracheras, estafas, sobornos...

Es el callejón sin salida, la trampa en que ha caído la sociedad alejada de Cristo, por su propio orgullo y soberbia; trampa de la cual no pueden sacarla, por mucho que lo intenten, los organismos internacionales ni las conferencias mundiales, ni la industria, ni la técnica..., ni nada, absolutamente nada del mundo. Los árboles volvieron la espalda al Sol, y ahora se oye ya el ruido seco de sus ramas descarnadas.

En la Sagrada Escritura hay una escena de profundo significado: los Apóstoles se pasan toda la noche trabajando en la barca con gran esfuerzo y fatiga, y, no obstante, no pescan nada... No pescan nada, porque el Señor no está con ellos. ¡Qué aplicación tiene a nuestra propia vida esta escena de la Sagrada Escritura! Sin Cristo, nuestra vida no es más que una noche oscura en medio de lucha y tempestades, un trabajo sin resultados; en cambio, con Cristo, la noche se convierte en día, el esfuerzo tiene su recompensa, la vida tiene sentido: alcanzar la playa de la eternidad, donde nos espera Dios.

Ante el escaparate de una pastelería un niño travieso y tozudo gritaba y exigía de su madre que le comprase el enorme trozo de chocolate que se mostraba en él, pero que no era más que un reclamo, tallado en madera y pintado de color chocolate. «Pero esto no se puede comer, hijito», le decía madre, tratando de tranquilizarle. No y no. El niño gritaba, lloraba...; por fin, la madre compró el reclamo y se lo dio al niño. Este, con impaciente gula, le dio un buen mordisco y ¡zas!... se le cayeron al instante dos dientecitos.

¡Cuántas veces mordemos, también nosotros, así, en el chocolate pintado! ¡Cuántas veces nos cerca la tentación y nos susurra al oído: «Pero ¿no te das cuenta?, los mandamientos de Dios son un obstáculo a tu felicidad! ¿Que no te es permitido hacer esto? Pues mira, esto no es pecado..., es algo normal, natural, porque te lo pide el instinto...; además, todo el mundo lo hace.»

Y, sin embargo, ¡ay de aquel que cree al seductor! ¡Oh, si supiese lo que significa volver la espalda al Sol!

El hombre podrá arrojarse a la corriente de los placeres y sofocar durante cierto tiempo la voz de su conciencia. Pero no definitivamente, no para siempre. Llegará un día en que tendrá que oír la voz de su alma oprimida.

¿Cuándo?

Acaso... cuando en un bosque silencioso le vengan nostalgias del Dios, del que se olvidó hace ya mucho tiempo.... Acaso, cuando se vea enfermo, postrado en la cama de un hospital.... Acaso, cuando llegue a su casa después de asistir al entierro de una persona querida... Es, en esos momentos, cuando estando solo, siente que su alma solloza y se hace las siguientes preguntas: «¿Para qué estoy en está vida? ¿Por qué no soy feliz? ¿Qué es lo que me pasa, que teniendo dinero, buena salud, un buen trabajo, sigo insatisfecho y hambreando la felicidad? ¿No será porque me he alejado de Cristo?...»

No puede haber paz y felicidad duraderas para el que vive de espaldas a Dios. Es imposible.

Has robado lo de otro: no puedes estar tranquilo.

Has pisoteado el prestigio ajeno: no puedes quedarte tranquilo.

Has manchado tu alma pura entregándote el placer: no puedes estar tranquilo.

Si te has alejado de Dios: ¿cómo podrás soportar las desgracias que acarrea la vida si no tienes a Cristo junto a ti? Cuando hayas perdido a tus padres, a tu esposa; cuando te sientas solo y abandonado..., ¿cómo podrás ser feliz si Cristo no está junto a ti? Cuando te seduzca el pecado, la tentación..., ¿cómo podrás vencerla, si Cristo no está a tu lado?

¿Cómo podrás vivir si el Sol de tu vida?

Hermano, escucha de nuevo el cántico que entonan los ángeles en Belén: *«Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»*. ¡Cae en la cuenta lo que significa este cántico para tu vida, y habrá llegado para ti la Navidad!

Solamente habrá Navidad cuando nazca el Señor de nuevo en tu alma, en tu alma dispuesta a seguir los consejos y mandamientos de Cristo. Solamente tendrás Navidad si tu alma se vuelve nuevamente al Sol.

Dios es justo, pero es sobre todo misericordioso. A pesar de los horribles pecados que pueda cometer el hombre, El está siempre dispuesto a perdonarle, con tal que nos arrepintamos y se lo pidamos.

¡Señor, perdóname!

Judas te vendió por treinta monedas. Pero, ¡cuántos Judas te han traicionado millones de veces! Cuántos fariseos han gritado durante estos dos mil años: No queremos a Cristo, sino a Barrabás. ¡Fuera Cristo! ¡Crucifícale!

¡Cuántas veces, por dinero, por conservar un cargo público, por placer… te hemos azotado hasta hacerte derramar sangre! ¡Cuántas veces te hemos crucificado con nuestros deseos, con nuestros pensamientos, con nuestras acciones! ¡Cuántas, pero cuántas veces, oh Dios misericordioso!

Niño Jesús de Belén, te hemos desterrado porque eras demasiado puro para nosotros. Te dimos la espalda porque eras demasiado santo para nosotros. Te hemos crucificado, te hemos condenado, porque tu rectitud condenaba nuestra vida pecaminosa.

¿Y ahora?...

Ahora, cuando hemos llegado ya a la mayor degradación, ahora vemos, ahora sentimos la falta que nos haces. Te echamos de menos.

Jesucristo, nuestro único mal es éste: ¡Tú nos haces falta! ¡Te necesitamos!

Tú eres el Camino, la Verdad, la Vida, la Hermosura eterna. Tú eres nuestra Paz, dulce y suavísimo Niño de Belén.

* * *

Este Niño que nace en Belén no es un niño como los demás. ¡Este niño envuelto en pañales es Dios! ¡Este niñito es… el Dios omnipotente que se ha querido hacerse uno de nosotros para salvarnos de nuestro egoísmo, de nuestro pecado! ¡Este recién nacido que nace en un establo... es el Creador Soberano del mundo!

Esto es tan asombroso como real.

A nosotros no se nos hubiese podido imaginar semejante cosa. Nosotros hubiésemos ideado la Encarnación de una manera muy distinta... viniendo el Mesías con gran poder y majestad.

Pero Dios no piensa como nosotros. Dios ha querido hacerse niño, aparecer entre nosotros débil, pobre y humilde, para enseñarnos que éste es el único camino para entrar en el reino de los cielos. Para poder salvar

al hombre soberbio y orgulloso, Dios ha querido empezar dándole ejemplo de humildad.

«En verdad os digo que si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18, 2).

Sólo haciéndonos niños, humildes y sencillos, podemos comprender a Cristo y su doctrina.

El niño ama y obedece a sus padres; confía en ellos y vive feliz y contento con lo que le dan.

Así debo yo amar a Jesucristo, mi Salvador. Confiando en Él, obedeciéndole y cumpliendo sus mandamientos.

El Niño nacido en Belén es mi Dios. Por esto doblo las rodillas en esta noche santa delante del Niño y le adoro.

III

MENSAJE DE BELÉN

¡Noche de Navidad!... ¡Es el natalicio de Cristo, «Príncipe de la paz»...! Y no obstante, ¡qué lejos de nosotros está la paz de Cristo!

¡Noche de Navidad!... Natalicio del Redentor del género humano, quien por amor a nosotros, por nuestra salvación, bajó de los cielos... Y con todo, una gran parte de la humanidad no sabe todavía que ha sido redimida.

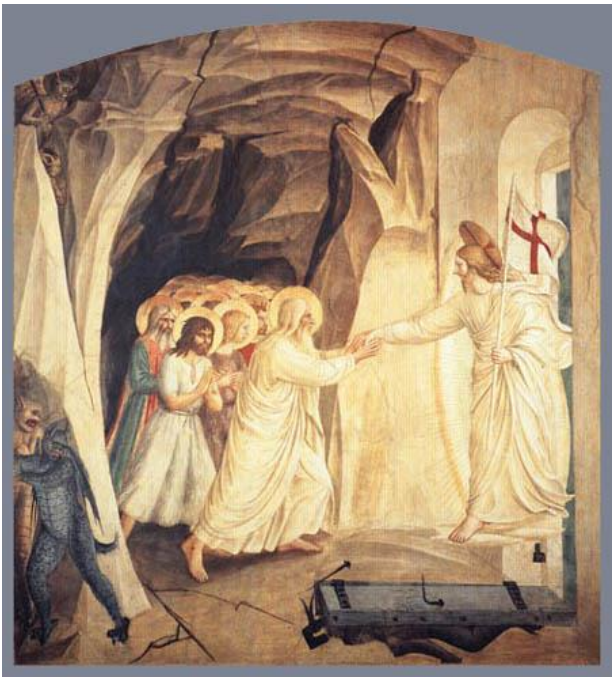
¿Qué sucede con nosotros, Dios mío? ¿Qué ocurre? ¿Qué maldita sordera es la nuestra para no oír el mensaje que nos trae la Navidad? Porque sin duda nuestro mal consiste en no querer prestar atención a las palabras del Hombre-Dios que vino a nosotros, en no haber comprendido su mensaje.

I

Uno de los mejores maestros de la pintura cristiana, Fray Angélico, representa en uno de sus frescos el momento en que Jesucristo bajó después de su muerte a los infiernos —según dice el Credo— para sacar las almas de los justos y llevarlas a Dios. En el cuadro se ve abrir una pesada puerta de hierro; una claridad deslumbradora inunda la cárcel y los justos, que hacía tiempo esperaban a Cristo, caminan hacia El, que extiende sus manos, llenas de resplandor. Todos ellos vivieron honradamente, pasando como justos, pero vivieron antes de Cristo y sólo en Cristo encuentran su plenitud.

Ciertamente, antes de la venida de Cristo, muchos hombres hicieron grandes esfuerzos por ser mejores, por ser más virtuosos, pero al hacerlo no podían dejar de tener también muchas imperfecciones. Le faltaba la gracia de Cristo, Camino, Verdad y Vida.

Sólo en Cristo los anhelos de la humanidad encontraron su plenitud.



Esto se refleja de una manera contundente en el influjo que ha ejercido Cristo sobre la cultura, en primer lugar, sobre la cultura europea.

En la antigüedad florecieron grandes y magníficas culturas... Recordemos tan sólo las civilizaciones de Babilonia, Asiria, Egipto, en las que se construyeron obras monumentales, y tuvieron una legislación y unos conocimientos que aun hoy son admirados... Sin embargo, todas ellas se vinieron abajo y perecieron al paso de los siglos.

La cultura de China y la India todavía persisten, pero apenas han ejercido una influencia más allá del extremo Oriente.

¡Cuán distinta es la cultura de Europa! ¡Cómo ha influido en el mundo! ¡Cuántas cosas ha dado a los habitantes de todo el orbe! ¡Qué principios morales le dio, cómo ha dignificado del hombre, cómo ha promovido el arte, la misma ciencia!

¿Y qué o quién pudo darle a esta cultura europea tal fuerza benéfica capaz de influir en el mundo entero? ¿Acaso la retórica y el arte griegos, o la técnica y el Derecho romanos, que, desde luego, le prepararon el camino? No. Todo esto lo aprovechó la cultura europea, pero su fuerza

no brotaba de ahí, no constituía esto su esencia. Lo que dio a esta cultura tal fuerza fue ciertamente el cristianismo.

Gracias al cristianismo se salvaron los buenos valores que había en la cultura griega y romana, y que corrían peligro de desaparecer. Los salvó y los ennobleció. Y el cristianismo no sólo culturizó y evangelizó el imperio romano, sino a todo el resto de los pueblos de Europa, haciendo de este continente una gran unidad cultural, en la que se cultivaron el humanismo, el arte, las ciencias…

¿Cuál es, por tanto, la esencia de la cultura europea? ¿Acaso la filosofía? ¿Tal vez la arquitectura, las artes o las ciencias? ¿Quizá la agricultura o su sistema económico o comercial? Sí; todo esto es corolario de la cultura occidental, pero no su esencia, ni su alma. El alma de la cultura es... la cultura del alma, es decir, el cristianismo, quien amplió los estrechos y rastreros horizontes estrechos del hombre, y le abrió perspectivas eternas.

Porque el Evangelio no es un simple libro, sino una buena noticia, cómo dice su nombre, capaz de transformar al hombre. Las palabras de Jesucristo, pronunciadas hace dos mil años, permanecen tan actuales como entonces. Hasta la venida de Cristo —tal como ocurre hoy día, cuando el hombre vive de espaldas al Evangelio— el hombre vivía sin más horizontes que su bienestar terreno, perdiéndose en el materialismo y el hedonismo. Sus ojos tan sólo miraban la tierra, sus deseos olían a tierra, sus horizontes se limitaban a los confines de la tierra...; pero he ahí que llega Cristo y amplía nuestra perspectiva, y nos anuncia que estamos llamados a la vida eterna. *«He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»*. Una vida eterna que se nos da con una sola condición: que aceptemos a Jesucristo como al Hijo de Dios, que vino a salvarnos; que orientemos toda nuestra vida según el Evangelio que nos proclamó.

Jesucristo nos anunció esta «buena nueva», que tenemos un Padre celestial que nos ama, lo cual nos eleva a una dignidad que no podíamos ni imaginar, la de ser hijos de Dios.

Y para darnos la prueba de su amor, quiso compartir con nosotros nuestras tristezas y nuestras alegrías, hasta llegar a morir por nosotros. No hay más que ver la predilección que Cristo sentía por los niños, por los pobres, por los enfermos, por los que sufren... ¡Cuántas veces consignan los evangelistas que *«se compadecía de las gentes»*! (Mt 9, 36; Lc 7, 13).

Jesucristo llegó a llorar en dos ocasiones, compadecido de nuestras desgracias. Lloró al vislumbrar la destrucción de Jerusalén; lloró al ver llorar a los familiares de Lázaro junto a su tumba: *«se conmovió inte-*

riormente, se turbó» (Jn 11, 33).

II

Si la cultura europea saca su fuerza del cristianismo, entonces tiene que preocuparnos seriamente el neopaganismo actual, que se va extendiendo por todo el occidente y que amena con echar por tierra tantos logros alcanzados.

Si Europa ha sido grande por el cristianismo; por lo tanto, le es de vital importancia, si no quiere perecer, que permanezca fiel a Jesucristo. Este proceso de apostasía del cristianismo en los pueblos de Europa comenzó en los albores de la Era Moderna y desde entonces cada día se ha ido intensificando más. Los ámbitos de la cultura, de de la economía, de las leyes se alejan cada día más del espíritu cristiano. Pero que es lo que nos espera si nos separamos por completo de Cristo. ¿Qué nos aguarda? *Nos aguarda lo mismo que al cuerpo cuando es separado del alma*.

Cuando un hombre muere y el alma abandona el cuerpo, éste pierde su cohesión, y sólo queda reducido a un montón de elementos orgánicos e inorgánicos en proceso de descomposición. Lo mismo le ocurre a la sociedad en cuanto pierde el alma cristiana, no hay nada que le pueda dar cohesión y unidad...; donde había una sociedad humana, orgánica y ordenada, no queda más que un montón de casas, de fábricas, de instituciones, cada cual a lo suyo, buscando sus propios intereses. Y conforme se vacían las cárceles, se van llenando las cárceles de delincuentes.

¿Qué nos espera si nos alejamos de Cristo? Que nos quedamos tuertos. No vemos más que el aspecto material del mundo, quedamos ciegos para lo espiritual. Consecuencia: el hombre sufre porque vive sin esperanza, por pensar que todo se acaba con la muerte. No hay más que ver los países que han estado bajo el comunismo, hasta que abismos de frustración y desencanto espiritual han caído.

Volvamos a escuchar el mensaje de Navidad: El Hijo de Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser hijo de Dios. Mientras Cristo no nazca en el corazón del hombre y transforme su vida —«conversión», cambio de mentalidad, mentalidad según Cristo— de poco le valdrá que el Salvador haya querido nacer en Belén hace dos mil años, en la noche santa de la primera Navidad.

Por eso, no dejemos de implorar: Ven, Señor, a nuestro corazón,

porque te necesitamos. Ven, ¡Señor Jesús!

IV

¿CON CRISTO O SIN CRISTO?

Noche santa, la noche de Navidad... Hace casi dos mil años que se obró un prodigio asombrosamente sublime: el Creador infinito del mundo apareció en forma de niño en este diminuto orbe terráqueo... Y lo que de El dice el Evangelio sigue siendo verdad —por desgracia— aun hoy día: *«Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron.»*

Ciertamente, la humanidad de entonces no sabía todavía —¿cómo podía saberlo?— quién era aquel recién nacido, un niño desconocido de Belén. No podía saber todavía que desde aquel momento no le quedaba a la humanidad otra alternativa que escoger entre estos dos extremos: *Con Cristo o sin Cristo.*

No hay otro camino, no hay otra forma de vida, no hay otra posibilidad: o con Cristo hacia las alturas, hacia lo noble y lo bueno, hacia una vida digna del hombre..., o, sin Cristo, hacia los abismos, hacia la desesperación, hacia la destrucción de la cultura y de la vida del hombre.

Hoy día ya lo sabemos. Hoy día ya lo experimentamos con dolor. Nunca lo vio tan claro el hombre como en la lucha fratricida de nuestros tiempos. Cristo vino a nosotros, pero nosotros no Le recibimos, no quisimos convertirnos, acogerlo en nuestro corazón...; pues bien: ya empezamos a ver la suerte que nos espera por haberle negado.

Hoy constatamos que una gran parte de la humanidad ha caído en el pesimismo... no aspira a otra cosa más que a gozar lo más posible de esta vida. Pero ¿de dónde procede este pesimismo? De aquellos que no hace mucho tiempo creían en el progreso continuo e ilimitado. «Vamos progresando, estamos en las vías del desarrollo, no conocernos paradas en este continuo avanzar», tal fue el optimismo infundado de una humanidad embriagada de su progreso material. Vino luego el pesimismo de los desilusionados: « Este mundo no tiene solución. Incluso el cristianis-

mo no ha podido mejorar este mundo ni una tilde en estos dos milenios transcurridos. En este mundo no existe más que una ley: la del poder y la fuerza. El más fuerte sigue aprovechándose del más débil. El más astuto sigue burlándose del ingenuo. ¿Dónde está ese amor predicado por Cristo? ¿Dónde está la compasión, la justicia de que tanto se habla? »

¿Qué hay de verdad en todo esto? ¿Les podemos dar la razón?

Que no haya nada bueno en este mundo, que los hombres, después de más de dos mil Navidades, no sé hayan enmendado ni un ápice, denota un juicio muy superficial y equivocado. Si no vemos todo el bien que existe, es porque el mal siempre se exhibe ufano en la plaza pública, mientras que la honradez sigue trabajando en modesto silencio.

La buena noticia, el Evangelio que nos trajo el Hijo de Dios al encarnarse y nacer en Belén, podía haber hecho felices a todos los hombres, haciendo más soportable este valle de lágrimas; mas muchos hombres no quisieron recibir a Cristo en su corazón, no quisieron modelar su vida conforme al Evangelio. Por tanto, *no es la doctrina de Cristo la que fracasó, sino los hombres, que quisieron prescindir de Él.*

La ciencia y la técnica siguen sorprendiéndonos día tras día con nuevos descubrimientos y adelantos; sin embargo, ya no nos ilusionamos tanto al oír a cada rato la palabra «progreso». Porque la experiencia, por desgracia, nos dice que no hay descubrimiento que el hombre no pueda aprovechar para el mal lo mismo que para el bien; no hay invento que junto a sus luces no tenga también sus sombras.

Pensemos en las ventajas que nos ha traído el descubrimiento de la dinamita, de los aviones y autos, cada vez más rápidos y seguros, pero ahí están también los actos de terrorismo, los bombarderos, los accidentes de tráfico.

Progresamos, sí, progresamos... Pero ello no indica que vayamos a ser más felices.

Nuestros conocimientos científicos son maravillosos; nuestra técnica, sofisticada; pero también la ciencia y la técnica son un arma de doble filo: pueden hacer la vida más fácil, pero también nos pueden ser causar muchas desgracias.

El hombre ya no confía en la utopía del progreso material ilimitado. Pero, por desgracia, tampoco confía en el progreso espiritual de su alma, en la carrera de la santidad.

«Nosotros no preocuparemos sólo de la tierra, cedemos el cielo a los gorriones...» —dijeron los hombres materialistas. Mas pronto hubieron

de advertir que la misma tierra se les hacía inhabitable: revoluciones por todas partes, guerras, odios, lucha de clases, competencia desleal, crisis financieras... ¿No es éste un espectáculo extraño? ¡La humanidad orgullosa de su ciencia y de su técnica, y arrastrada a la vez al mismo borde del abismo!

Hoy parece que todo lo tenemos a nuestro alcance, gracias a los adelantos tecnológicos..., pero —¡cosa extraña e incomprensible!— nunca parece haber habido tantas injusticias y descontento social.

Tanto idolatramos la ciencia y la técnica, que al final nos olvidamos del hombre.

Nos hemos olvidado de que el desarrollo humano, no tanto radica en el progreso material, sino en el progreso espiritual. Por encima de las ganancias y de los placeres, están las inquietantes preguntas, a las que no queremos responder: ¿Qué sentido tiene mi vida? *¿De dónde vengo y adónde voy? ¿Por qué existe el mal en el mundo?*

Todos nuestros males provienen de haber vuelto las espaldas al Dios que nos creó y nos redimió. La humanidad, deslumbrada por el progreso técnico, quiso suplantar la cultura cristiana por una cultura materialista, divorciada por completo de Dios, y creyó ver la felicidad de las futuras generaciones en la mayor acumulación de bienes terrenos y en las facilidades crecientes de esta vida terrenal. Pero pronto descubrimos que la abundancia de comodidades no nos ha hecho más felices. Hoy con solo apretar un botón se pueden conseguir muchas cosas… Hoy día pueden mucha gente puede gozar de lo que antes era privilegio de unos pocos...; pero ¿es más feliz el hombre hoy día?

Reconozcamos que el progreso material no significa necesariamente que la persona, la familia, la sociedad, sean más felices. No significa que la persona pueda dominar sus bajos instintos; no significa la paz de las naciones, tan anhelada por todos. No lo puede significar, porque la técnica no es más que uno de los factores que intervienen en la felicidad humana —y ni siquiera es el principal—; no es más que uno de tantos móviles de la felicidad.

«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4), nos ha advertido Jesucristo. *Una cultura materialista es imposible que pueda hacer dichoso al hombre, porque éste, además de un cuerpo (material), tiene también un alma (espiritual)*. Y la materia no puede dar satisfacción al espíritu.

El alma, que ha sido creada a semejanza del Dios eterno, no se

puede contentar plenamente con algo que no sea el mismo Dios.

La estrella que supo guiar a los Magos hasta el Niño Dios, sigue hoy todavía brillando para que toda la humanidad se encamine al portal de Belén.

No puede haber otra roca, otro suelo en qué afirmar nuestra felicidad, que Cristo. Quien se aleja de El no puede por menos que caer en el pesimismo y en el relativismo más absolutos, y no sabrá distinguir el día de la noche, la luz, de las tinieblas.

Sin Cristo todos somos huérfanos y andamos desamparados. Sin El no podemos tener padre, ni madre, ni esposa, ni amigo, ni aliado..., porque el padre, la madre, la esposa, el amigo, el aliado, todos pasan a ser como sombras; todo pacto y convenio se reduce a escritura deleznable, papel sin valor, si no hay tras ellos, si no hay en mí, si no hay en aquel otro, el amor de Dios, la fe en un mismo Padre celestial; esa fe grande de la fraternidad humana; fe que nos trajo como aguinaldo el Niño de Belén.

Para poder hablar de los derechos del hombre, hemos de reconocer primero los derechos de Dios. Si el hombre deja de creer en Dios, se vuelve ciego para los demás hombres, y no puede hallar el camino que le conduzca hacia ellos.

«El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre pudiese llegar a ser divino, hijo de Dios.» Esta es la enseñanza que nos trae la Navidad.

Mas si rechazamos a Dios, el hombre no se volverá «divino», el hombre seguirá siendo un mero «hombre»...; y los hombres más fuertes se seguirán aprovechándose de los más débiles.

«Un día, la Fuerza le preguntó a la Luz: «Dime, ¿no te aburres tú, holgazana? Lo que yo construyo, o derribo, si es necesario, tú no haces más que mirarlo, y no te preocupas de nada, nunca trabajas.» Y la Luz le contestó: «Donde no esté yo, en vano trabaja la Fuerza, allí no hay más que el caos.» (REVICZKY: «Luz».)

El trabajo humano es la fuerza; la fe puesta en Dios es la luz.

Para que el «caos» se vuelva «cosmos», es necesaria la fuerza, pero también es imprescindible la fe... Y para que la vida terrena sea una vida digna del hombre, no basta el trabajo humano, es necesaria también la fe en Cristo.

Ojalá que en esta noche santa, al fulgor de la estrella del portal de Belén, empiece a brillar en nuestra alma esta verdad, y se afiance nuestra

fe en Cristo Jesús.

V

LO ESENCIAL DE LA NAVIDAD

No hay fiesta más hermosa y más entrañable que la Navidad. ¿A qué se debe que sea así? ¿A la alegría ingenua de los niños? ¿Al bonito árbol de Navidad? ¿A la cena en familia? ¿A los estupendos regalos? No. Todo ello es algo accesorio en la fiesta; no es lo esencial. Lo que más importancia es el contenido del mensaje angélico que nos traen los ángeles: *«Vengo a daros una gran noticia, que será de grandísimo gozo para todo el pueblo: Hoy os ha nacido... el Salvador, que es Cristo»* (Lc 2, 10-111).

Lo esencial de la Navidad es el gozo que expresan estas pocas palabras: el Hijo de Dios se ha hecho hombre para salvarnos. Basta con que no le pongamos obstáculos a la gracia, para que Cristo nos cure y habite en nuestras almas.

Sí; Cristo llevó a término la gran obra de nuestra Redención. Pero nosotros debemos colaborar con Él. Hemos de prepararnos para recibirle.

«Hemos de colaborar con la gracia», es decir, hemos de seguir las inspiraciones de la gracia sin poner condiciones. Porque Cristo precisa de nuestra colaboración para poder redimirnos.

Todos estamos invitados al portal de Belén para adorar al Niño-Dios, incluso los que se sientan más pecadores y miserables.

La Navidad no son los regalos, ni unos días fiesta, sino la Redención que nos trae Jesucristo.

Muchas veces tropezaré en la vida, y hasta tendré caídas..., pero no importa, me levantaré de nuevo gracias a la Redención de Cristo que obra en mí.

He sido redimido, tengo que empezar a vivir según Cristo. Cristo debe ser el Rey de mi vida. Mi vida debe ser un reflejo de la de Cristo. «Para mí la vida es Cristo» (Filp 1, 21).

El mundo estaba perdido, y Cristo Redentor quiso nacer en un pesebre para salvarlo.

Abramos nuestros corazones para recibir a Cristo, y así poder celebrar, como es debido, la sagrada fiesta de la Navidad.

Ven, ¡Niño Jesús! Mira que mi alma está hecha un pesebre para recibirte, llena de paja y estiércol. Mi alma está hambrienta de Ti. Ven a morar a mi alma. «No soy digno de que vengas a mi morada...», pero para eso has venido, para salvar lo que estaba perdido.

Ven, Señor Jesús.

Nota del editor: Estos capítulos han sido extraídos del libro EL TRIUNFO DE CRISTO, de Mons. Tihamér Tóth. Resumen adaptado por A.Z.C.